

objeto es mucho más digno de nuestras investigaciones y aunque las pequeñas fracciones extrañas que á ellos se unieron después estimulen nuestra curiosidad, no debemos por eso sentir demasiado que se sustraigan á nuestra observación, limitando nuestro exámen á las principales masas.

Cuando recordamos las irrupciones de los Bárbaros que arruinaron el Imperio Romano, y que continuaron todavía por largo tiempo después de su destrucción, la infinita serie de aquellos pueblos nos espanta; sin embargo su número no era tan grande como nos lo pinta el terror de los vencidos.

Los Visigodos, los Vándalos, los Hunos, los Hérulos, los Ostrogodos, los Longobardos y los Normandos se precipitaron unos tras otros sobre Italia; pero ¿qué quedó en la península de estos enjambres de bárbaros? Los Visigodos, los Vándalos y los Hunos la ocuparon solamente de paso; y si ignoramos las fuerzas que trajeron los Hérulos y los Ostrogodos cuando cayeron sobre Italia, ¿no nos basta saber que los Hérulos, apenas se establecieron en el país, tuvieron que sostener contra los Godos una guerra sangrienta en la que sucumbieron? Por otra parte, se puede juzgar de la debilidad de los vencedores por el pequeño número de tropas que pudieron oponer después á Belisario, no obstante que habían tenido tiempo para consolidarse y reproducirse. Estas tropas al principio, no eran más que cincuenta mil hombres, y después quedaron reducidas á siete mil, que capitularon y fueron trasladados á Constantinopla. Nos quedaron los Longobardos, que dejaron su nombre á una gran parte de Italia y que poseían más de la mitad de este territorio; pero acaso no había entre ellos más de cien mil hombres capaces de manejar las armas. Los Normandos, que se apoderaron de casi todo el Mediodía de Italia, no eran más que un puñado de hombres; la Galia cambió de nombre y de dominación, y sin embargo el ejército de Clodoveo era poco numeroso; y después Guillermo el Conquistador subyugó la Inglaterra con sesenta mil hombres. Aquí tenéis grandes y memorables conquistas que cambiaron la situación de las cosas y de los hombres, pero que no han podido producir cambios notables en los tipos de los pueblos vencidos. Si algunos descendientes de los vencedores han conservado los caracteres físicos de sus antepasados, es evidente que forman pequeños grupos y están como diseminados y casi perdidos en la masa de las poblaciones.

Hay, sin embargo, conquistas que originan grandes mudanzas; por ejemplo, las invasiones sucesivas, hechas por el mismo pueblo; pues entonces se forman poco á poco grandes masas que fácilmente se perpetúan. De esta manera se enseñorearon los Sajones de Inglaterra, y su raza ha podido perpetuarse en aquel país.

Hemos supuesto constantemente hasta aquí que existen tipos característicos de pueblos antiguos, y hemos examinado si son transmisibles, no obstante la influencia de las mencionadas causas perturbadoras. Satisfechos sobre este punto, pasaremos á otra cuestión. Si estuviese demostrada nuestra suposición, á saber, que hubo en la antigüedad pueblos con un tipo característico, entonces necesariamente, con arreglo á lo que hemos probado, estos tipos deberían existir todavía. Pero preferimos averiguar si existen hoy pueblos con tipo distinto y después investigar su origen en los pueblos antiguos; lo que en último análisis nos guiará al mismo resultado. He llegado, pues, al punto en que puedo daros cuenta de las observaciones que he hecho, mostrándoos primero los fundamentos en que se apoyan.

Los caracteres tomados de la forma y de las proporciones de la cabeza y facciones del rostro, ocupan ciertamente el primer lugar. En efecto, no se conoce á un hombre ni en la estatura, ni en la corpulencia, ni en el color, ni en el cabello, sino en el semblante;

esto es, en la forma de la cabeza y en las proporciones de los lineamientos de la cara. No prescindo de las modificaciones relativas al cabello, al color de la piel y á la estatura, cuando son bastante generales, porque entonces esta generalidad les da gran valor; pero considero tales caracteres como enteramente secundarios é incapaces de constituir por sí solos distinciones de raza, cómo no sea en casos extremos.

Esto sentado, comienzo á explicar la serie de observaciones que he hecho en mi viaje por Francia, Italia y parte de Suiza.

Apénas llegué á las fronteras de Borgoña, comencé á notar un conjunto de formas y lineamientos que constituían un tipo particular, el cual era más manifiesto y se reproducía con más frecuencia á medida que me internaba en el país; hasta que habiendo llegado á Châlons en un día de mercado, me asombré al ver un gran número de fisonomías totalmente diversas de las que había observado al principio, las cuales presentaban tipos tan diferentes que formaban entre sí un perfecto contraste. El tipo predominante que había visto hasta llegar á Châlons continuó presentándose frecuentemente en todo el resto de mi viaje por Borgoña.

Este tipo no cambió de naturaleza en el Lionésado, aunque mudó de color. Otro tanto sucedió en el Delphinado; y los mismos caracteres de formas y de proporciones, aunque con otra gradación de color, se presentaron en la Saboya hasta el monte Cenís.

Fuera, pues, del pequeño grupo observado en Châlons, no vi desde Auxerre hasta los Alpes más que un solo tipo.

Este territorio estaba ocupado en los tiempos más antiguos por los Galos, y después fué conquistado por los Romanos, que se confundieron con aquel pueblo. Si fuese preciso atribuir el tipo de que se trata á los descendientes de los unos ó de los otros, no vacilaría ciertamente en referirlo á los Galos, pues que el número más pequeño no comunica sus caracteres físicos al mayor. Pero cambia la dominación; los Borgoñones sustituyen á los Romanos; y el mismo raciocinio os conducirá á la misma consecuencia, la cual subsistirá también á pesar de la sucesiva conquista de los Francos, porque unos y otros se encontraron en proporción igual.

La Italia me ofrecía una multitud de objetos dignos de atención. Quería yo examinar si sobre las ruinas y entre el polvo de la antigüedad, objeto de la admiración y del culto de tantos viajeros, vivían los descendientes de aquellos que levantaron tantos monumentos y presentaban aun la imagen de sus antepasados.

Pasando por Florencia, aproveché la ocasión que me ofrecía la galería ducal para estudiar el tipo romano. Di la preferencia á los bustos de los primeros emperadores, porque descendían de antiguas familias y no pertenecían, como muchos de sus sucesores, á razas extranjeras. Cierta número de estos bustos no solo tiene formas y proporciones iguales, sino también un carácter tan pronunciado, que es difícil olvidarlo. Vedlo aquí exactamente determinado. El diámetro vertical es corto, y por consiguiente el rostro ancho; y como el vértice del cráneo está más aplastado que elevado, y el extremo de la mandíbula es casi horizontal, el contorno de la cabeza, visto de frente, se acerca mucho á un verdadero cuadrado. Esta configuración es tan esencial, que si se prolongase la cabeza, aunque se conservaran todas las demás facciones, ya no sería característica. Las partes laterales sobre las orejas son convexas, la frente baja, la nariz verdaderamente aguilena, es decir, que la curva comienza desde lo alto y termina antes de llegar á la punta, de modo que la base es horizontal; por último, la parte anterior de la barba es redonda.

Ya me esperaba yo encontrar este tipo en Roma; pero apenas entré en el territorio del papa, se me presentó con tanta semejanza de rasgos que quedé

maravillado. El mismo tipo me siguió en todo el camino á Perusa, á Espoleto y hasta Roma; y es de advertir que la semejanza no estaba solo en el rostro, sino también en la estatura, que en los Romanos, como sabéis, era generalmente mediana. Este mismo tipo se encuentra esparcido al Norte de Roma, no solo por la parte de Perusa, sino también en la otra dirección hacia Siena, Viterbo, etc.; y no sabré decirlo hasta dónde se extiende por la parte del Mediodía.

Estas observaciones, aunque limitadas, nos dan ya indicios útiles, aplicables á la Historia. El tipo que hemos observado en los emperadores, es también el de gran número de soldados y ciudadanos, representados en bajos relieves y en bustos encontrados en el territorio romano; por lo cual se puede decir que es característico de los habitantes de aquellas comarcas, tanto en los tiempos presentes como en los pasados.

¿Qué debemos pensar ahora del pueblo romano? ¿Sería descendiente de Enéas y de los Troyanos, formando una nación extraña á la Italia y encerrada en el recinto de Roma? Como los campos son los que dan la población á las ciudades y no las ciudades á los campos, especialmente cuando se trata de grande extensión de territorio, Roma habrá sido poblada de este modo, y muchos de los pueblos vecinos, entre otros los Sabinos y gran parte de los Etruscos, habrán tenido comunidad de raza con la mayor parte de la población de Roma. Este hecho no había sido hasta ahora corroborado por la Historia; antes bien los pueblos que habitaban aquel suelo estaban tan divididos en cuerpos independientes, diversos entre sí en nombre y en intereses, que los historiadores los presentaban siempre como de origen diferente. Pero Micali y Niebuhr tuvieron una idea más justa de ellos, y el hecho que acabo de referir confirma en parte sus opiniones.

Pueden los extranjeros llegar á un pueblo, dominarlo, destruirlo, cambiar su nombre y su idioma, sin alterar en general sus caracteres físicos; pues que un pequeño número puede subyugar á una multitud é influir sobre su espíritu, pero no cambiar la organización física como hemos demostrado más arriba. Ignoro á qué pueblo debieron los Etruscos su idioma, sus instituciones y sus artes; no sé si fué indígena ó extranjero; pero es evidente que una parte de la población de la antigua Etruria tiene un tipo igual al que nosotros decimos que pertenece al pueblo romano. Pero en la Etruria domina también otro tipo, ya indicado por mí, y no descrito todavía.

Agrícola ha hecho los retratos de los cuatro grandes poetas de Italia. Dante, Petrarca, Tasso y Ariosto, valiéndose para esto de todos los monumentos contemporáneos de aquellos escritores. Ahora bien, comparando todos los dibujos que tuvo la bondad de comunicarme, vi que los que representaban á Dante, debían parecerse mucho, pues que diferían muy poco entre sí, representándolo todos con cabeza larga y por consiguiente poco ancha; frente alta y desarrollada; nariz corva, de modo que la punta miraba hacia abajo; alas remangadas y barba prominente.

Esta fisonomía tan bien caracterizada me hizo profunda impresión. No pensaba, sin embargo, encontrar su tipo en la Toscana, cuando por una singular combinación de circunstancias, apenas llegué á su frontera por el camino de Siena, vi muchas personas en Radicofani que me ofrecieron el primer ejemplo de este tipo, ó lo menos el primero que llamó mi atención; una de ellas especialmente era la imagen viva de Dante. Al pasar la primera vez por Florencia, había yo notado en la galería ducal algunas caras semejantes en las estatuas y en los bustos de la familia de los Médicis y también entre los ciudadanos; pero no me había detenido mucho á considerar sus caracteres, y por lo tanto no me había formado de ellos una idea bastante exacta. Pero esta vez, habiendo residido largo tiempo en aquella ciudad, tuve ocasión de observar

que tales caracteres físicos constituían un verdadero tipo entre los Toscanos. Ya hemos visto que este existía aun desde los tiempos de Dante, y añadiré que muchos hombres célebres de la república de Florencia presentan un tipo parecido y que también lo observé en algunos bustos, estatuas y bajos relieves etruscos.

Continué observándolo en Bolonia, en Ferrara, en Padua, etc., y en todas las aldeas intermedias; y no solo era frecuente en Venecia, sino abundante. Estando en esta ciudad y en la galería de la escuela veneciana delante de un cuadro que representaba un santo del país, el *cicerone*, advirtiéndome que lo miraba atentamente, me hizo notar lo mucho que se parecía la cabeza del santo á la de Dante; y tuve ocasión de juzgar de la frecuencia con que estos caracteres se reproducían antiguamente, observando los retratos de cada dux, muchísimos de los cuales ofrecían á mi vista el mismo tipo.

Pero este se presentó más frecuente y algunas veces con exageración á medida que me interné hacia Milan. Un día me detuve dos horas en un aldea, y habiendo ido á la plaza, donde se hallaba reunido un gran número de aldeanos, no me cansaba de examinarlos, maravillado de su perfecta semejanza con uno de los tipos que había visto en Francia. Creíame, por decirlo así, trasladado de improviso á la plaza del mercado de Châlons. Notad en qué extensión de territorio observé este tipo en Italia y con qué frecuencia, y convendréis en que debía reconocer la existencia de una raza muy caracterizada y numerosa, esparcida por todo el Norte de Italia. ¿No me hallaba en la Galia Cisalpina? ¿No había visto un pueblo semejante en la Galia del otro lado de los Alpes? ¿Por qué, pues, no podían ser aquellos otros tantos Galos? Mas para reconocer esta verdad con aquel grado de certidumbre, único que puede satisfacer el ánimo, me quedaban que hacer otras observaciones. Necesitaba, si era posible, ver este tipo en mayor extensión de país y seguirlo, por decirlo así, paso á paso. Á mi vuelta debía atravesar una parte de Suiza, poseída antiguamente por los Galos, y esparaba encontrar en ella ó el tipo que había observado en Châlons y en Italia, ó el que había visto en el resto de la Borgoña y en la Saboya hasta el Cenís.

La vertiente septentrional del Simplon da origen al valle del Ródano. Los primeros habitantes que allí se encuentran son evidentemente Germanos, pues que difieren de los pueblos inmediatos en su aspecto y en su idioma, que es alemán; pero si penetramos en el Vales, pronto cambia el idioma y cambian al mismo tiempo las fisonomías; no se oye más que el dialecto francés, y se reconoce en todos puntos el mismo pueblo que se ha visto en Saboya, con la misma fisonomía y casi el mismo color.

Cuanto más me acercaba á Ginebra, se me ofrecían más comunmente á la vista los individuos del otro tipo observado en el Norte de Italia y en Châlons; y en Ginebra ya su número era grandísimo. Ved aquí, pues, una población perteneciente á dos razas completamente distintas y que forman un marcado contraste; la una con la cabeza más redonda que ovalada, facciones redondas y estatura mediana, y la otra de cabeza larga, frente ancha y alta, nariz inclinada hacia abajo, barba prominente y elevada estatura.

Distinguiré por ahora los dos tipos con el nombre de primero y segundo, siguiendo el orden en que los he señalado. Para continuar las mismas observaciones en un nuevo territorio, me determiné á pasar por la Bresse, dirigiéndome á Mâcon y Châlons; de este modo esperaba ligar con una cadena casi continua la parte de la población que se refería al segundo tipo. Al principio de mi camino observé en efecto la misma mezcla en cuanto á los elementos, pero en proporciones muy diversas; porque el primer tipo dominaba hasta un punto tal, que apenas veía, por decirlo así, vestigios del otro. Mas al llegar cerca de Mâcon y en

todo el camino hasta Châlons, el segundo tipo se presentó bastante comunmente, y en Châlons, adonde llegué también en día de mercado, tuve la satisfacción de comparar mis pasados recuerdos con la impresión presente, y comprobar su fidelidad.

Así mis observaciones confirman las observaciones de vuestra historia. En la Galia reconocéis en una época remotísima dos grandes familias, diferentes entre sí en idioma, costumbres y estado social, que formaban toda la masa de la población, de la cual una y otra constituían parte considerable, cualquiera que fuese en su origen su proporción numérica. Yo reconozco en la población actual de la parte de Francia que antiguamente estaba habitada por aquellas dos familias dos tipos predominantes, tan marcados y distintos, que no es posible confundirlos. Si desde la época en que nos mostráis estos dos pueblos como únicos poseedores del territorio, no hubiese habido mezcla con razas extranjeras, deberían referirse sin vacilar estos dos tipos á las dos grandes familias galas; pero habiendo hecho después diversos pueblos la conquista del país en todo ó en parte, ¿cómo se podrá hacer la distinción? Ya hemos sentido que el número mas pequeño no comunica su tipo al mayor. Ahora bien, sabéis perfectamente la inmensa desproporción que había entre el número de los conquistadores establecidos en la Galia y el de los Galos, y esta ligera indicación os bastará para confirmar la identidad de los dos tipos modernos con la familias antiguas. Pero otros argumentos de diversa naturaleza vendrán luego á corroborarla mas y mas.

De las dos familias que distinguís con el nombre de Galos y de Cimbros, los primeros debían ser en mayor número, pues que los presentáis como los habitantes mas antiguos de las Galias, cuyo territorio ocupaban en su mayor parte, antes de que los Cimbros se establecieran en él. De esta primera distinción histórica entre los dos pueblos Galos, deduciré que el primer tipo, el cual me ha parecido mas numeroso, pertenece á los Galos y el otro á los Cimbros. Comparando su distribución geográfica, llegamos al mismo resultado. En vuestra obra se nos presentan como mas particularmente reunidos en cuerpo de nación en dos países diversos:

I. La Galia Oriental, ocupada por los Galos, denominados así propiamente por César.

II. La Galia Septentrional que comprende la Bélgica de César y la antigua Armórica, cuyos habitantes comprendéis bajo la denominación general de Cimbros.

Considerando á primera vista la Galia Oriental, según la exposición que hacéis de los hechos, es evidente que los Galos debían de hallarse en mayor número, porque los Cimbros no habían penetrado jamás allí con la fuerza de las armas. Ahora bien, atravesando la parte de Francia que corresponde á la Galia Oriental, del Norte al Mediodía, esto es, la Borgoña, el Lionésado, el Delfinado y la Saboya, distinguí bien caracterizado aquel tipo que acabo de referir á los Galos, el cual estaba tan generalmente difundido, que no reconocí ántes otros, á excepcion de los que vi en un solo canton. Sin embargo, á mi vuelta, estudiando mas especialmente este punto, encontré el segundo tipo también en otros diversos sitios de aquel país.

Aunque hayáis puesto una línea divisoria entre los territorios de los dos pueblos, yo imagino que no consideraréis la separación como tan absoluta, que no haya habido mezcla entre ellos. De cuanto decís aparece también que la hubo necesariamente, pues atribuí la religión de los Druidas á los Cimbros, y añadís que los Galos la adoptaron, aunque no exclusivamente. Ahora bien, ¿cómo sería esto posible si no hubiese habido mezcla entre los dos pueblos? Poco importa que esta mezcla haya acaecido antiquísimamente ó en tiempos posteriores, bastándome saber que aquellos pueblos eran numerosos y estaban en contacto, y que se reunieron después en un cuerpo de nación, porque el tiempo debió producir necesariamente variaciones y

mezclas entre los dos pueblos. El primer tipo corresponde á la raza histórica que habéis designado bajo el nombre de Galos, y por tanto lo llamaré tipo galo. La cabeza de los individuos de este tipo es redonda, acercándose á la forma esférica; la frente mediana, un poco convexa hacia las sienas; los ojos grandes y abiertos; la nariz, comenzando desde su nacimiento, no tiene curvatura pronunciada, y su extremo es redondo; la barba es redonda también y la estatura mediana. Como veis, las facciones están perfectamente en armonía con la estructura de la cabeza, y esta descripción particularizada puede reunirse en pocas palabras, como lo he hecho mas arriba, diciendo que la cabeza es mas esférica que oval, redonda las facciones y la estatura mediana.

En cuanto á la region septentrional de la Galia, como principal residencia de los Cimbros, en un viaje que emprendí anteriormente á la Galia Bélgica de César, desde la embocadura del Soma hasta la del Sena, distinguí por la primera vez la reunión de las facciones que constituyen el otro tipo, y muchas veces con tal exageración, que verdaderamente me sorprendió; la cabeza oblonga, la frente ancha y alta, la nariz encorvada con la punta mirando hacia abajo, la barba prominente y la estatura alta.

Ahora bien, es indudable que este tipo, visto por mí después en Borgoña, no podría ser el del pueblo extranjero que ha dado su nombre á la provincia, pues que existe en Normandía y en Picardía, países adonde jamás llegaron los Borgoñones. Por otra parte, no puede ser el de los Normandos, pues que existe en la Borgoña y en otras provincias de la Galia Oriental, donde aquellos pueblos no se establecieron jamás. Así debemos forzosamente referir aquel tipo á los antiguos habitantes, á los Belgas de César, á quienes dais el nombre de Cimbros.

Ninguno, que yo sepa, ha pretendido que los Escandinavos, conocidos en la edad media bajo el nombre de Normandos, hayan destruido ó expulsado la población indígena de la Neustria; ántes bien, apenas estuvieron en posesión de esta comarca, adoptaron la lengua del país y perdieron la suya, hasta el punto de no quedar sino vestigios muy leves en la redacción de sus leyes; y este pueblo tan feroz en sus expediciones militares, se mostró de improviso en la administración de los negocios civiles el modelo de los pueblos de la edad media. Como invasores devastaron; como poseedores conservaron y perfeccionaron.

Ignoro si una parte de su posteridad subsiste en los mismos caracteres físicos; si así es, quedarán probablemente muy pocos; lo que debe acaecer siempre que el pueblo conquistador se halla en una proporción numérica muy inferior al pueblo vencido. Solo en las grandes masas podemos tener esperanzas de encontrar los tipos antiguos, como hemos hecho hasta aquí. Y es de notar la oportunidad que la Francia nos presenta para el buen éxito de estas investigaciones; su vasta extensión, su población que en todo tiempo fué numerosa en razón de la fertilidad del suelo y de la suavidad del clima, la menor mezcla con pueblos extranjeros relativamente á otras naciones, y por último, la mayor precisión de noticias históricas sobre la distinción de los pueblos indígenas, ofrecen gran campo á útiles observaciones. Una sola vez toda la nación gala se halló empeñada en una lucha violenta contra los invasores extranjeros, y estos se proponían no ya la posesión exclusiva del suelo, sino la dominación política; pero, después de la lucha, esta nación prosperó mas que nunca bajo la civilización romana; y como lejos de oponerse á los Francos, los favoreció, no perdió ninguna parte de su población, y solo recibió un pequeño aumento de población extranjera. Semejante reunión de circunstancias las mas propias para la conservación de los caracteres físicos de un pueblo, debe inspirar una gran confianza en la clasificación á que hemos llegado.

Bien determinadas las dos razas galas en sus caracteres físicos, fácilmente podrán ser conocidas en los otros países, poseidos un tiempo por sus antepasados, si acaso se encuentran todavía en número suficiente.

Hagamos la aplicación á Inglaterra. El Mediodía de la Gran Bretaña, en la extensión que corresponde á la Inglaterra propiamente dicha, estaba según vuestra obra ocupado principalmente por el mismo pueblo que poseía el Norte de las Galias y al cual llamáis Cimbros. Se trata ahora de saber si tenía los mismos caracteres físicos. Pues bien; yo puedo aseguraros que el mismo tipo característico del pueblo, que un tiempo dominó en el Norte de la Galia, existe en Inglaterra, y que está además esparcido por todo el territorio que antiguamente conquistaron los Sajones; representa por consiguiente á los antiguos Bretones, poseedores del suelo ántes de la conquista de los Sajones y á quienes distinguís con el nombre de Cimbros. Si en la Historia no se habla de Bretones, en el territorio ocupado por los Sajones, proviene de no haber los Bretones formado una nación independiente, ni ménos un pueblo con existencia civil. Habían muerto, pues, para la Historia, especialmente para la Historia que se escribía en aquellos tiempos; pero no habían perecido; vivían aun, y ciertamente en la proporción en que debían hallarse los restos de una gran nación, á pesar de sus inmensos desastres.

Para terminar la comparación, me falta hablar de la Suiza y del Norte de Italia. Bajo la fe de las noticias históricas consideraréis á los Helvecios como Galos; por mi parte no puedo dudar de ello, pues que reconozco en los modernos Helvecios los mismos caracteres. No decís que se mezclasen con los Cimbros; á mí no me corresponde sostener que se mezclaran un tiempo, pero puedo asegurar que están mezclados hoy y en proporción bastante grande para hacer creer que lo estuvieron antiguamente. Sé que actualmente la Suiza está dividida en dos partes desiguales, la una oriental, en que no se habla mas que alemán, la otra meridional y occidental, en que no se habla mas que frances, y he reconocido que la población era gala con doble título, por los Galos propiamente dichos y por los Cimbros.

Sin las precedentes discusiones, y sin los hechos que hemos llegado á descifrar, ¿cómo habríamos podido reconocer á los Galos del Norte de Italia entre los Sículos, los Ligurios, los Etruscos, los Venetos, los Romanos, los Godos y los Longobardos? Pero tengo el hilo que nos debe guiar en este laberinto. Primeramente, cualquiera que fuese el estado anterior, es cierto, según vuestras indagaciones y los testimonios unánimes de todos los historiadores, que los pueblos galos predominaron en el Norte de Italia entre los Alpes y los Apeninos. Los observamos establecidos en aquellos países de un modo permanente, desde los tiempos primitivos á que se refiere la historia de Italia; y los monumentos mas antiguos los representan con los caracteres de una gran nación desde aquellos tiempos tan remotos hasta una época muy avanzada de la historia romana. Esto me basta; no necesito examinar los otros pueblos unidos á ellos en tiempos ménos lejanos; no necesito discutir su número relativo ni la índole de su idioma; me basta saber que los Galos existieron en gran número. Conozco las facciones de sus compatriotas de la Galia Transalpina, las encuentro en la Cisalpina, y este es el primer hecho que nos es comun respecto de Italia. Pero, pues que distinguís las familias, será preciso que yo las distinga también. En la Galia Cisalpina reconocéis lo mismo que en la Transalpina, la existencia de Galos y Cimbros. Ahora bien, yo he visto á estos últimos, no solo en los sitios donde los ponéis, sino también en otros donde no los indicáis.

Suponiendo que al establecerse por primera vez en Italia las dos familias no hayan tenido absolutamente ninguna unión entre sí, hecho que lo remoto y lo os-

curo de los tiempos no nos permiten afirmar, los mostraréis unidos en guerra contra los Romanos; y estas relaciones de alianza y de necesidad han debido desde aquellos tiempos producir mezclas entre las dos familias.

La Cispadana, en vuestra opinión, estaba ocupada por los Cimbros, á quienes representáis en cada página como un pueblo extremadamente inquieto, que cada día hacia expediciones lejanas y peligrosas. Apénas los Romanos entran en lucha con los Galos de Italia, distinguís á los Cimbros entre estos últimos; y esto en efecto debía suceder, pues que desde su primer establecimiento eran limitrofes de la Etruria, de la cual los separaban tan solo los Apeninos, frágil barrera para un pueblo de aquella índole. Ciertamente que habían pasado mas de una vez esta frontera ántes de hacer temblar á los Romanos, y es probable que se establecieran algunos entre los Etruscos. Sin embargo, es indudable que he encontrado su tipo en el Norte de la Toscana; y la inspección de los monumentos me ha demostrado que existían allí desde tiempos muy remotos. Es de advertir además que el Norte de Italia entre los Alpes y los Apeninos es una vasta llanura dividida por el Pó. En el período de los siglos transcurridos desde el establecimiento de los Cimbros, suponiendo que no hubiesen ocupado primero mas que la Cispadana, la guerra que lo trastorna todo, y la paz que produce una fusión considerable, ¿no habrán repartido aquel pueblo por una extensión mayor de territorio en aquella vasta llanura? El terror que difundió la inminente invasión de Atila, ¿no pudo por ventura impulsar á una gran parte de la población á refugiarse en las islas inmediatas del Adriático, islas situadas en las bocas del Pó, residencia antigua de los Cimbros? Por esto debéis recordar que he observado su tipo, tanto en los retratos de los antiguos habitantes de Venecia como en su población actual.

Ciertamente, en el Norte de Italia no he notado el tipo de la otra familia con la misma frecuencia, ni tampoco pueden hacerse comparaciones sobre este punto. Ni yo podía verlo ni reconocerlo todo, pero no debo omitir lo que falta á mis observaciones. No sostengo que aquel tipo no sea allí comun, sino solamente que no se me ha ofrecido frecuentemente á la vista de un modo claro y distinto. Es probable también que se haya difundido mas de lo que me ha parecido á mí, y esto lo creo fundado en una observación que hice en Milan. En la tienda de un librero vi expuesto un almanaque en folio, con un grabado que representaba dos personas un poco grotescas, burlándose recíprocamente de su figura. Ahora bien, estas eran las caricaturas mas exactas de los dos tipos de las poblaciones galas antiguamente establecidas en el país; sus facciones características eran precisamente las que el artista había delineado con exageración, como si hubiese querido hacer resaltar lo que era esencialmente distintivo; y á fin de que nada faltase al contraste de los dos tipos entre sí, estaban figurados con la estatura propia de cada tipo, es decir, el que representaba al Cimbros, de alta estatura, y el otro que correspondía al Galo, de estatura mediana.

El dibujante no tuvo por cierto á la vista ni la historia natural, ni la antigüedad; pero delineó una caricatura de los individuos que tenía con frecuencia ante sus ojos, y que ofrecían un contraste chocante.

Notaré con este motivo que cuando los Romanos en sus primeras guerras con aquellos pueblos hablan de los Galos de estatura extraordinaria, es evidente que tratan de los Cimbros. Estos habitaban la Cispadana, y como mas inmediatos debieron ser los primeros que cayesen sobre los Romanos. La cabeza de un Galo gigantesco pintada en una bandera en el foro de Roma pertenecía seguramente á aquella nación. Cuando en vuestra historia de los Romanos hacen mención de la alta estatura de los Galos, designan á un pueblo que habéis clasificado entre los Cimbros, no por este carácter

de que no hacéis ni un caso, sino fundados en todas las pruebas históricas propias para establecer esta distinción. Ahora bien, yo ignoraba enteramente estos hechos, y sin embargo, por mi parte había reconocido que esta familia gala formaba por su estatura un contraste singular con los Galos, que en general son de estatura mediana.

En mis viajes por toda Francia, por Italia, Inglaterra y Suiza, observé igualmente que el tipo designado por mí, siguiendo vuestro ejemplo, con el nombre de cimbrico, iba casi siempre acompañado de alta estatura. Este carácter físico existía, pues, en los tiempos antiguos como existe en los modernos, y la coincidencia es tanto más notable, cuanto que semejante cualidad del pueblo está generalmente considerada como muy variable. El hecho es no solo curioso, sino útil de saber, porque sirve para explicarnos una contradicción aparente entre las relaciones de los antiguos historiadores y lo que se observa ordinariamente en los Franceses modernos, que son de estatura mediana. Se ha preguntado muchas veces dónde estaban aquellos Galos de alta estatura, de quienes hablan los Romanos. Restableciendo la distinción impuesta por la naturaleza, pero que la Historia había borrado confundiendo las dos familias, la contradicción desaparece.

Los resultados á que habéis llegado están por tanto en consonancia evidente con los míos, si bien pertenecen á dos ciencias diversas; coincidencia que debe fortalecernos en la convicción de haber encontrado la verdad.

Pero no se limitan á esto los hechos que sirven para corroborar nuestras opiniones.

La comparación de los idiomas, para llegar á su clasificación, ha dado origen en estos últimos tiempos á la *lingüística*. Ya conocéis su importancia para la solución de infinitas cuestiones históricas, y os habéis servido de ella con mucha ventaja. También el filólogo debe encontrar interés en esta ciencia, pues que le presenta grandes problemas que meditar, y le sirve de guía en las investigaciones sobre la filiación de los pueblos.

En la comparación de las lenguas se consideran casi exclusivamente las palabras cuya reunión forma el vocabulario; la manera de emplearlas, objeto de la gramática, y por último, el genio de cada idioma. La pronunciación no ha sido enteramente descuidada, pero no se la ha estudiado lo bastante, y como cae bajo el dominio de la filología, y por tanto podía suministrarme datos para mi argumento, no la perdí de vista en el estudio de los pueblos, y esto me condujo á consideraciones acaso no desprovistas de interés.

Un hombre puede llegar á hablar correctamente una lengua extranjera, pero no á pronunciarla; se mostrará indígena en la frase y extranjero en el acento. Sirviéndose de las palabras y de la construcción de otra lengua, conservará siempre alguna entonación de la propia, ya alzando la voz en una sílaba más bien que en otra, ya substituyendo á los sonidos á que no está habituado ó que son difíciles de pronunciar, los que le son familiares. Aunque quisiese renunciar á la lengua de su patria, no hablarla jamás y hasta olvidarla, conservaría siempre de ella vestigios indelebles en las inflexiones de la voz, y este carácter constante serviría para descubrir su origen, si quisiera ocultarlo. Lo que se dice de un hombre solo, es más aplicable á una nación, porque un individuo puede multiplicar hasta lo infinito sus relaciones con aquellos cuyo idioma quiere aprender, y habituarse á la imitación de los sonidos, pero no así todo un pueblo.

El pueblo que ha cambiado de lengua, transmitirá, pues, en parte á sus descendientes su acento y su pronunciación primitiva; y aunque todo se altera con el tiempo, no encuentro razón para que no deban subsistir vestigios evidentes del idioma antiguo en un nuevo idioma por el transcurso de muchos siglos.

Debo al célebre Mezzofanti, á quien tuve ocasión de

conocer en Bolonia, un ejemplo que confirma mi opinión. Si hay algún carácter que distinga la lengua inglesa de los demás idiomas de Europa, es la extremada irregularidad de su pronunciación. Ahora bien, Mezzofanti, hablándome de la lengua gala, atribuyó á esta la causa de este carácter particular de la lengua inglesa.

No tenía yo necesidad de preguntarle la relación entre una y otra, pues que sabía lo mismo que él, que los Bretones, antes de la invasión de los Sajones, hablaban aquella lengua: así el mismo me suministró sin que yo la buscara una nueva prueba de que los Bretones no habían cesado de existir en Inglaterra á pesar de la conquista de los Sajones. Se les creía extinguidos hace muchos siglos, y ahora por el contrario, se conoce á sus descendientes en el sonido de la voz y en las facciones: ¿qué puede faltar á su identidad?

Hemos visto, bajo la fe de una autoridad respetable, cuánta influencia puede ejercer en la pronunciación actual una lengua extinguida hace mucho tiempo, y cómo estas modificaciones que parecen tan fugaces y transitorias tienen á veces mayor duración que los monumentos más sólidos. Las observaciones que tuve ocasión de hacer sobre los dialectos de Italia, me dieron otro evidéntísimo ejemplo de esta verdad.

El genoves, el piomonte, el milanés, el bresciano, etc., son dialectos que se hablan en el Norte de Italia, en puntos que un tiempo estuvieron ocupados por los Galos; pero estos idiomas, cualquiera que sea la diferencia que exista entre ellos, tienen caracteres comunes que los diferencian esencialmente de los dialectos del Mediodía. Por consiguiente, ¿por qué no hemos de atribuir lo que tienen de común y de característico, á lo que les ha quedado de la lengua primitiva? Pero sin remontarnos á este origen, podemos averiguar el hecho por un medio más fácil.

Los Galos establecidos en las dos partes de los Alpes, renunciando á su idioma para adoptar el latino, debieron modificarlo más ó menos de la misma manera, según las mismas disposiciones naturales ó adquiridas, con arreglo al principio que hemos establecido. Lo compararemos por una y otra parte con el acento, carácter tan importante que, cuando se cambia, desnaturaliza una lengua.

Los Franceses, ó á lo menos los Parisienses, pretenden no tener acento, es decir, que no alcanzan el tono de la voz en una sílaba más que en otra; sin embargo lo tienen, solamente que en la culta sociedad no lo suelen manifestar demasiado. Este acento carga generalmente sobre la última sílaba, y el pueblo y la clase media alcanzan entonces el tono de la voz de un modo bastante notable. Por el contrario, los verdaderos Italianos ponen el acento en la penúltima, y de este modo la última vocal representa las terminaciones variables del latín. Los Franceses, terminando sus palabras donde ponen el acento, las han acertado; y tal es la tendencia de la lengua aun en las palabras en que el acento va seguido de una sílaba final, porque esta es más bien escrita que pronunciada, y tiene con justo título el nombre de *muda*.

Si los Galos transalpinos imprimieron este carácter á su dialecto latino, lo mismo ha sucedido respecto de sus compatriotas los Cisalpinos, los cuales han pasado más adelante, pues el modo que tienen de abreviar las palabras latinas, poniendo el acento en la última sílaba, no deja tiempo bastante al extranjero para comprender ni aun los términos que le son familiares.

Hay además muchos sonidos en el francés que lo distinguen especialmente del verdadero italiano; y de este número es la *u* francesa. Ya sabéis cuánta dificultad experimentan los Italianos meridionales para pronunciarla, porque no existe en su lengua. Ahora bien, esta pronunciación de la *Galia Transalpina* se reproduce, en la *Galia Cisalpina*, desde los Alpes Occidentales hasta el Mincio, en los dialectos genoves, piomontes, milanes, brescianos, etc.

Hay más; estos dialectos poseen los sonidos fran-

ceses de *eu, oeu*, representados por las mismas letras, sonidos aun más difíciles para un Italiano que el de la *u*; y sucede frecuentemente que las palabras en que se encuentran, se modifican también del mismo modo, como *feu, neuf, coeur, oeuf*, etc. Así, pues, es evidente que los Galos de aquende y allende los Alpes al adoptar el latín, lo modificaron según sus disposiciones comunes, ó si queréis, según los mismos principios.

Otra particularidad de la pronunciación francesa, á lo menos respecto del idioma italiano, consiste en la variedad y en la frecuencia de los sonidos llamados *vocales nasales*, que abundan en los dialectos cisalpinos; mientras que los Italianos que habitan el país situado bajo los Apeninos no poseen ninguno.

Los hechos que acabo de referir no son los únicos que he observado; pero como bastan para confirmar la verdad general expuesta, no necesito citar otros para ilustrar nuevamente esta materia.

No puedo abandonar la Italia sin hablaros de una población cuyos antepasados, á lo menos por lo que se pretende, han figurado mucho en la Historia. En las montañas del Vicentino y del Veronesado se encuentra una población extranjera que es considerada como un resto de los Cimbrios vencidos por Mario, y se la llama con este nombre ó con el de habitantes de los Siete ó de los Trece Comunes, según la provincia en que están situados. Se dice que un príncipe de Dinamarca que fué á visitarlos, los reconoció por verdaderos compatriotas suyos.

Si realmente hablan un dialecto danés y si son descendientes de los Cimbrios de Mario, no podría haber afinidad entre ellos y los Galos, que llamáis en vuestra obra Cimbrios; á no ser que quiera suponerse que cambiaron de lengua desde el tiempo de Mario, suposición que seguramente no admitiréis. Antes de acercarme al cantón que habitaban, me convení de que no podían, aun en esta última hipótesis, provenir del Quersoneso Cimbrico; pues que en Bolonia, Mezzofanti me había enseñado la oración dominical como ensayo de su lengua, la cual, lejos de ser danesa, era un alemán tan fácil é inteligible, que no había una palabra que yo no comprendiese á primera vista.

Cuando llegué á Vicenza y después á Verona, la estación no era favorable para una excursión por las montañas. Sin embargo, el conde Orti de Verona tuvo la bondad de suplir en parte esta falta, haciendo que me buscasen en la ciudad algunos de aquellos montañeses que suelen ir á ella con frecuencia; y así tuve la satisfacción de verlos y oírlos, y me persuadí de que su idioma era alemán, pues habiéndoles yo hablado en esta lengua y contestándome ellos en la suya, nos entendimos perfectamente.

Me bastaban, pues, estas consideraciones, derivadas de la comparación de las lenguas, para convencerme de que aquellos montañeses no eran un resto de los Cimbrios de Mario. Ignoraba yo entonces la investigación histórica que acababa de publicar acerca de estos pretendidos Cimbrios el conde Giovanella, el cual en los autores que escribieron en la época de la decadencia y caída del Imperio Romano, buscó los vestigios de un pueblo germánico que parece se estableció en aquellas comarcas antes de la mansión de los Longobardos, y encontró documentos auténticos y exactos que dan á conocer el sucesos, y marcan la época, las circunstancias y las causas. Ennodio en su panegírico de Teodorico, rey de los Ostrogodos en Italia, le dirige estas palabras:

« Tú acogiste á los Alemanes en los confines de Italia y los estableciste en ella sin detrimento de los Romanos, poseedores del terreno. Así este pueblo ha encontrado un rey en vez de aquel que había merecido perder, y ha llegado á ser custodio del imperio latino, cuyas fronteras había invadido tantas veces. Feliz aquel que al abandonar la patria encuentra otra más rica y más fértil. »

Una carta en nombre del mismo Teodorico, escrita

por Casiodoro y dirigida á Clodoveo, rey de los Francos, explica la ocasión y las circunstancias de este acontecimiento.

« Vuestra mano victoriosa ha sometido á los pueblos alemanes abatidos por razones poderosas, etc. Pero cesad de perseguir á sus infelices restos, que bien merecen gracia, habiendo buscado un asilo bajo la protección de vuestros parientes. Usad de clemencia con aquellos á quienes el hambre ha traído á nuestro territorio. Básteos que su rey haya caído, y con él el orgullo de su pueblo. »

Por lo dicho se ve que estos pretendidos Cimbrios no son sino Germanos meridionales pertenecientes á la federación de los Alemanes, cuyo nombre se extendió después á todos los pueblos de Alemania. Con esto desaparece una grande objeción contra el parentesco que habéis reconocido entre los Cimbrios propiamente dichos, y los Cimbrios, etc.

(D) pág. 66, nota 2, 1ª col.

UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

I. *Unidad moral, probada por las tradiciones históricas y religiosas.*

Pues que la cosmogonía y el diluvio del Génesis se encuentran en el fondo de todas las tradiciones antiguas, dejando á un lado las variaciones de los nombres propios, podemos esperar que nos dé buen resultado la tarea de reducir igualmente á la unidad las diferencias de la cronología. Ya que la ortodoxia religiosa no se limita á los libros sagrados, sino que reclama también el auxilio de la ciencia, esta puede preguntarse, si la explicación más sencilla y más conforme con las tradiciones no consistiría, primero: en que cada pueblo hubiese reproducido á su modo el mismo gran acontecimiento secundario, el diluvio; y segundo en que todas las tradiciones fuesen el eco variado de una sola tradición, efecto ó testimonio de un acontecimiento más grande y más remoto, la creación. Interpretando las fábulas de las narraciones, de los nombres y de las fechas de los otros pueblos, es justo que se comprendan bien las narraciones, los nombres y las fechas de los libros del pueblo hebreo. Esta justicia distributiva ha restablecido en su puesto merecido la cronología bíblica de los LXX que dió al mundo cerca de 1,300 años de antigüedad más que la Vulgata. La versión y la cronología de los LXX fueron adoptadas por los apóstoles, por los primeros Padres de la Iglesia, y también por San Jerónimo, como continuador de la crónica de Eusebio. Sentado de este modo nuestro término de comparación, apliquémoslo sucesivamente á los anales antiguos, principiando por aquellos á los cuales tradicional y geográficamente se aproxima más este término.

Adoptamos los principios sentados por Fourmont en su obra que establece la semejanza de la triple generación hebrea, caldea y fenicia, á pesar de la diferencia de los nombres, que siendo todos calificativos, debían variar en cada idioma. Filon, continuador de este espíritu de la antigüedad, no presentó más que el significado griego de diez nombres fenicios correspondientes á los patriarcas hebreos desde Adán á Noé. Es curioso ver en el Génesis los nombres de la descendencia de Cain, adoptado por abuelo de los Fenicios y Caldeos, reproducir periódicamente la mayor parte de los nombres de la rama menor de Set. Moisés había enlazado á Abraham con Set, y los Hebreos con Jacob, hermano menor de Esaú. Los Caldeos suponen acaecido el diluvio en tiempo del décimo patriarca. Los libros fenicios que han llegado hasta nosotros no lo mencionan; pero el fragmento de Sanconiaton es brevísimo y toda la cosmogonía caldea-hebraica se encuentra en las tradiciones más antiguas de los Etruscos, que no pueden haberla recibido sino de colonias